



Revista de Estudios de Género. La ventana
ISSN: 1405-9436
revista_laventana@csh.udg.mx
Universidad de Guadalajara
México

RAMÍREZ, CHIQUI
PIMENTA, CLAVOS DE OLOR Y MIEL
Revista de Estudios de Género. La ventana, núm. 14, diciembre-, 2001, pp. 368-372
Universidad de Guadalajara
Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88412394017>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

CHIQUI RAMÍREZ
**PIMENTA, CLAVOS DE
OLOR Y MIEL**

Metida en la hamaca, trataba de escuchar las ondas internacionales de radio. El ruido de la lluvia que caía sobre la carpeta amarilla a los árboles no la dejaba oír. Despacio movía el botón. Con el oído bien atento, lista para detenerse al captar las voces conocidas que, de tanto escucharlas, sonaban familiares. ¡Ah! El pequeño radio de baterías era su única ventana al mundo, hacia la civilización moderna. Robándole tiempo al sueño se mantenía informada de los avances técnicos y científicos; sobre las últimas películas, ¡con lo que le gustaba ir al cine!, con los éxitos musicales del momento.

¡Cómo imaginar un disco de diez centímetros que encierra una enciclopedia completa de doce tomos! ¡Un concierto de jazz en la BBC de Londres! *Hello Dolly!*, con Louis Armstrong bai-

lándola con Nils Coronado. Y los otros bravos porque decían que era música imperialista. ¡Qué ignorancia! Marineros en la mar de radio exterior de España. Cómo me hubiera gustado ser marinero. Pero para eso hubiera tenido que nacer hombre, pensó.

¡Imaginar un pescado preparado con crema de cangrejo!

—¡Oíste, Teshita! ¡Crema de cangrejo! ¿Cómo harán la crema de cangrejo?

Le gritó Pascual en la oscuridad de la noche, como siempre que oía algo interesante y que sabía que ella también estaba escuchando.

—¡Sí! ¡Ya oí!. Le contestó a gritos sobre el ruido de la tormenta.

— ¡Seguro primero ordenan a la cangreja!-. Y escuchaba cómo se reía.

Pero esa noche se dejaba llevar por la descripción de una exposición de pintura impresionista en New York. Cerraba los ojos e imaginaba el vestíbulo de la galería, las luces, el movimiento de las personas allí reunidas

elegante mente vestidas, el murmullo. Un autorretrato de Van Gogh, vibrante de color, con la mirada fija, inquisidora. *La Gare Saint Lazare* de Claude Monet, las *Danseuses* de Degas, Toulouse Lautrec, Renoir regresaron a su mente. Eran los impresionistas que conoció en su visita al Museo del Ermitage en Leningrado y después por sus estudios en historia del arte en la Universidad de San Carlos.

El agua se deslizaba de los troncos de los árboles hacia los lazos de la hamaca, desviándose por los calcetines arrancados con ese fin. Un zancudo trataba inútilmente de atravesar el mosquitero.

Una voz la transportó a su realidad.
—¡Corpa! ¡Corpa, venga a ayudarme! ¡Sandra ya empezo con los dolores!

Apegó la radio. Se sentó en la hamaca y alcanzó las botas de hule, sacudiéndolas antes de ponérselas por aquello de los alacranes y otros bichos que llegaban atraídos por el olor a moño de los pies siempre húmedos.

Cuando salió de debajo de la carpita, fusil al hombro, la corpa ya había desaparecido en la oscuridad de la noche. Coro pudo la alcanzó, porque a pesar de sus años se movía ágilmente entre los matraques, bejucos y árboles del campamento. La lluvia, los truenos y los rayos caían por aquí y por allá mientras los árboles se mecían al ritmo de la música de sus ramas bajo la tormenta.

A tiempo terminamos las camisitas y los pañales, pensó.

Serían antes, como siempre que esperaban un muchachito, las mujeres del campamento habían ido a buscar trapos viejos a un buzón. Llegaban a los buzones que a la carrera habían hecho los pobladores de las aldeas, cuando supieron que los soldados venían masacrando, violando a las mujeres, robando. Con el sentimiento de violar la intimidad de otros, en silencio levantaban las ramas y los troncos caídos, de lo que había sido un techo que abriría las pertenencias que pro-

tegieron del saqueo. Contemplaban los cartes y los güípiles que desafían la humedad de la selva con sus vivos colores, en espera de las mismas manos que primorosamente los habían tejido. Trastos abollados, una piedra de moler, un pedazo de cama, nudos testimonios de un orden social milenario cortado, cuando los helicópteros descendieron vomitando a la tropa que se lanzó al ataque ametrallándolos, asesinándolos, quemándoles sus raudos y sus milpas.

Los sorprendieron durmiendo. ¿Pensadilla o realidad? Nunca lo supieron.

Y regresaban en silencio con unos cuantos trapos.

Pero coser la ropa para el nuevo niño era una ocasión especial para las compas que, alrededor de la radio, escuchaban *Kaliman, el hombre increíble* en la voz del Junco, mientras hablaban cosas de mujeres.

Llegaron hasta la posición de Sandra. Agonizante, un pequeño fuego hecho entre las raíces de un árbol de

atate, hacía hervir una infusión con nueve pimientas gordas, nueve clavos de olor, una rajita de canela y miel de chumelitas. La bebida se le administraba a la parturienta para ayudarla en la dilatación.

Un rayo iluminó el recio cuerpo desnudo, moreno y sudoroso de la mujer que, acudillada sobre un tapesco, con el pelo largo suelto sobre la espalda, pujaba apretando los dientes. Segundos después un trueno hizo temblar la tierra.

—Sostengámosla de los sobacos para que pueda echar fuerzas—, le dijo la mujer.

De un salto se subió al tapesco y deslizó sus manos debajo de los brazos calientes y mojados y haciendo palanca con la rodilla en la espalda de Sandra, logró enderezarla para que pudiera pujar.

De la carpa caían chorros de agua empapando los cuerpos de las tres mujeres que se confundían en la oscuridad, en una lucha sorda debajo de

la tormenta. Sandra dio un grito de dolor y la vieja quedórente, con voz firme, le dijo:

— ¡Cállate!

Estoica, la joven mujer soportaba las contracciones. Perdieron la noción del tiempo. Sandra era primera y al parecer la criatura estaba demasiado grande y tenía problemas para nacer. La lucha entre la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, la lluvia, la existencia, el vacío. El olor agredilce de secreciones femeninas, del mante y la tierra mojada, de sudor lavado sin jabón, se apoderaba de sus narices. Finalmente vio asomar el pelito negro y húmedo.

—Allí viene! —gritó emocionada—, ¡puje otro poco más, carpa!

El niño sacó la cabecita, asomó un barro y, como vomitado, se deslizó sobre el tapesco. Lo tomó entre sus manos y recordó con dolor su maternidad truncada. El asesinato de su marido. El exilio. La perdida de su trabajo como maestra, su casa, su perro.

La difícil decisión de separarse de sus hijos para no arrastrarlos a su suerte. Su incorporación a las aldeas en resistencia.

Pero había que actuar rápido. Metió sus dedos entre la boca del bebé para sacarle las flebas y el llanto trajo el canto de una nueva vida. Cortó el cordillo, cauterizándolo con un hielo calentado al rojo vivo y mientras la otra mujer se ocupaba de Sandra, bañó al niño con el agua de lluvia que caía de la carpeta.

Hddy le llamaron al nuevo carita.

La estación de aguas había pasado. A lo lejos, los saragüates rompían el silencio de la tarde con sus potentes aullidos, llenando la lluvia a que refrescara la tierra y el bebé les contestaba, imitándolos, ante el asombro de todos los del campamento.

Hddy tenía una gran curiosidad por las ventanas de la selva que le dejaban ver retazos del cielo. Acostado sobre el tapesco disfrutaba mirando las copas de los árboles entrelazados en

lo alto del campamento. Los monos curiosos llegaban a verlo y los faisanes con su aleteo lo hacían reír. Después, al llevarlo sentado sobre el brazo, Hedy siempre iba mirando hacia arriba. No quería perdese un solo detalle de lo que allí pasaba.

Y, observando a Hedy, comprendió las inquietudes de los mayas antiguos. El porqué, en esfuerzo colectivo, fueron construidos esos grandes complejos urbanos, unidos por Sac'bés en medio de la selva. De un manotazo, el hombre maya limpió la selva, construyó las pirámides, observó las estrellas y midió el tiempo hasta arrancarle al cielo sus secretos.

—Y yo buscando en la radio cosas interesantes— se dijo.

Un avión rasgó el tiempo lanzando una bomba que cayó en medio del campamento. Los ojos sin vida de Hedy siguieron mirando las ventanas de la selva.

Toronto, Canadá,
8 de noviembre de 1999.

CANDELARIA OCHOA ÁVALOS

**AVANCES DEL
II COLOQUIO DE
PROGRAMAS Y CENTROS
DE ESTUDIOS DE GÉNERO
EN MÉXICO**

Los días 23, 24 y 25 de agosto del presente año, se realizó el I Coloquio Nacional de Programas y Centros de Estudios de Género en la ciudad de Monterrey, Nuevo León. Fue una reunión con poca asistencia, ya que dos días antes cancelaron compañeras de 18 universidades; sin embargo, ello no fue impedimento para que quienes coincidimos tuviéramos una discusión interesante.

Para empezar contamos con dos conferencias magistrales, una a cargo de Gabriela Delgado Ballesteros, en la que nos explicó con detalle algunos de los problemas existentes vinculados al género y la educación, así como a la problemática que enfrentamos las